

Gustavo Zubieta Castillo

## Una entrevista con Mr. Sherlock Holmes

## El caso del pintor de diablos

## Capítulo VIII

Cuando ya iba a cerrar la oficina se presentó el inspector Cusicanqui. —Disculpe que venga tan tarde —me dijo—, pero tengo una demanda por un caso que por primera vez se me presenta tan misterioso y para el cual no encuentro una explicación que me permita seguir las diligencias adecuadas para calificar el delito. Varias personas han venido a plantear la demanda, todas ellas importantes, que afirman haber pagado elevadas sumas de dinero por unos trabajos desvanecidos, por lo que de manera preventiva he ordenado el arresto de un pintor quien, a su vez, afirma haber cumplido y entregado las obras. El pintor es muy conocido, popular y entusiasta en los Carnavales. Esta demanda tan extraña en los tribunales de Oruro requiere de nuestra presencia en esa ciudad, adonde debemos viajar la próxima semana.

El inspector me habló de los antecedentes del pintor y toda la información que había podido recoger sobre el caso. Después de escucharlo, decidimos ir a visitar al preso. Estas fueron las referencias:

Entre los personajes del Carnaval de Oruro el soberano es el Diabolo. No hay comparsa que no esté representada por el disfraz más vistoso y original que el de Satanás y bien podría decirse que su presencia es la que ha dado la pauta para que el Carnaval de la ciudad del altiplano, haya sido declarada Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad.

En medio de la turba eufórica que se desplaza al ritmo de la música de las bandas, siempre es posible notar la presencia de un pintor cuyos motivos de su arte es plasmar diablos en sus óleos, siempre diablos en diferentes momentos de la danza.

Sus pinturas eran apreciadas por todos y él había alcanzado una fama que tenía vigencia en todos los salones artísticos. Su arte era requerido para que pintara diversos motivos: retratos, murales y paisajes altiplánicos.

Treinta y cinco escalones desde la puerta de la bocamina del socavón descendían hasta el lugar en que se encuentra una réplica del Tío de las Minas, nombre con el que identifican los mineros a Satanás en las entrañas de la tierra y que es el personaje que en su reino concede o niega la fortuna a los que van a explotar los minerales con la ilusión de encontrar la riqueza y la opulencia. Es tal la veneración pagana a esta representación en el reino de las tinieblas y del infierno, que los que penetran en ese oscuro recinto se olvidan de todas sus religiones y están dispuestos a entregar su alma como precio de las concesiones que el personaje diabólico pueda concederles.

Por varios años el pintor había visitado esta mina que ahora es un museo, con el afán artístico de representar al Diabolo del Carnaval en diferentes escenas y exóticos movimientos en las danzas, pero también estaba interesado en que el personaje de las entrañas de la tierra le concediera el privilegio de vender sus cuadros en alto precio y que por su número, seguramente, en poco tiempo constituirían su fortuna y acabarían con las frecuentes miserias por las que pasaba. Pasó el tiempo y acudió a su estudio un personaje que se había enriquecido con la política para pedirle que le hiciera un retrato de la época de sus trajes polilqueros, y que lo mostrara como un personaje posando orgulloso, luciendo una banda y apoyado en una mesa de estilo Luis XV. También su esposa debería posar con la misma intención de dejar a sus descendientes y a la posteridad la pareja ideal para el poder. El pintor pensó y dijo: El Tío es el que me ha traído esta oportunidad de ganar dinero enviándome a una réplica de su misma calaña. Pidió al político diez mil dólares por cada lienzo cuya dimensión sería de un metro y medio por tres de altura.

La labor le llevó tres meses de preparación en la que posaba el personaje con su traje más elegante, de la misma manera que la esposa luciendo un vestido azul de prusla con el cuello y la espalda ampliamente descubiertos y ostentando un collar de esmeraldas y diamantes, además de una medalla de marfil tallado con incrustaciones de rubíes. El pago se hizo efectivo con un cheque, los cuadros fueron colocados en el lugar más visible del salón de recepciones. La vanidad de la pareja hacía que se contem-



plaran cada tarde en los retratos que los representaba en los momentos más afortunados. Invitaban a sus amigos a las fiestas preparadas por ellos y en las que se hacía derrocho de platos y bebidas en un menaje importado de los mejores tiendas de París. Estas fiestas se repitieron con cierta frecuencia, pero ante la expectativa de su nuevo nombramiento como Ministro Plenipotenciario en uno de los países de Europa, debía celebrarse la fiesta con mayor número de invitados en una fecha delinida del calendario.

Pasaron los días y llegó el momento del acontecimiento social más vistoso que habían preparado. Llegaron los invitados en gran número y cuando los invitaron a pasar al salón, ¡Oh, sorpresa más castrófica la que se presentó! En los dos lienzos de dorados marcos estaban ausentes los retratos que querían presentar a sus amigos. Fue tal el asombro de ellos y de los presentes que no podían explicar qué era lo que había pasado. Los vistosos colores de los trajes de ambos habían sido reemplazados por unas manchas que parecían las goteras del lumbado de una casa vieja. La pareja se recogió consternada a sus aposentos y los invitados abandonaron la mansión indignados.

Tiempo después, las autoridades de Toletotele acudieron donde el pintor para solicitarle que pintara un mural en la Sala de Audiencias del Municipio. Como en otras oportunidades, el pintor acudió solícito y con sus ayudantes instaló el andamio necesario para pintar el mural que representaría escenas históricas de la población, desde la fundación hasta el momento en que tendría que celebrarse la reunión para el nombramiento de nuevas autoridades. En tal ocasión se descubrió una placa conmemorativa del centenario de la fundación del pueblo con el nombre de las autoridades.

Llegó el día de la efeméride del pueblo, la banda de la población ejecutaba las melodías de una tonada clásica del folclore de la región. Llegaban las autoridades y los invitados a las puertas del edificio. Entre los asistentes se encontraban invitados de poblaciones distantes y lugares vecinos. Las autoridades que habían recibido el mural estaban asombrados ante la perfección de las siluetas y la expresión de los personajes que tenían relación con la historia del pueblo. Tenían la esperanza y estaban a la expectativa de recibir los aplausos y las felicitaciones de los asistentes cuando recorrieran las cornisas para dar comienzo al acto solemne lleno de discursos en un programa meticulosamente elaborado que no olvidaba ningún detalle.

Cuando la banda ejecutó los acordes de un himno patriótico y el Alcalde se puso a descubrir el mural tirando

de los cordones, no podía salir de su asombro al ver que éste había desaparecido y sólo una antigua pared mostraba su edificación de adobes. Se puso pálido y tembloroso, no pudo leer su discurso hasta que uno de los asistentes tuvo que expresar a la concurrencia que el acontecimiento sería postergado para otra oportunidad porque se habían olvidado algunos detalles. Sorprendidos todos los invitados tuvieron que abandonar el lugar. No hallaban una explicación racional a lo que había acontecido.

En tanto, el pintor nunca había experimentado tal satisfacción de entregar obras realizadas por las cuales cobraba sumas que le permitían cubrir deudas y mejorar sus condiciones de vida. Cuando estaba sumido en estas meditaciones de una íntima satisfacción personal y del éxito que había alcanzado, escuchó unos golpes en la puerta de su estudio. Cuando abrió la puerta se encontró frente a la bailarina más popular especializada en danzas del Medio Oriente. Su fama había sido aplaudida en varios escenarios del mundo artístico internacional. Venía a pedirle que le hiciera un cuadro de una escena en la que ella danzaba representando a una odalisca.

El pintor confiado en su fama, se comprometió hacer un cuadro con el cual estarían satisfechas todas sus aspiraciones de dejar a la posteridad su arte como famosa danzarina. El cuadro fue terminado en un tiempo muy corto para asombro de él mismo. Algo había pasado con su destreza para manejar el pincel y combinar los óleos. Entregaría el cuadro llevándolo al domicilio de la bailarina.

La bella contemplaba extasiada su silueta y sus curvas sensuales que se exhibían a través de los tennes velos que cubrían su cuerpo. Para mostrarlo al mundo artístico en el cual se desenvolvía y pasar a la historia, preparó una recepción que no olvidaba ningún detalle, ocasión en la cual mostraría orgullosa el lienzo del mejor pintor de la Ciudad del Pagador.

Cuando se recogió a su aposento para dar los últimos toques de maquillaje a su rostro, los invitados ingresaban a su salón conducidos por un ujier contratado expresamente para explicar el magnífico cuadro, pero para asombro de todos, sólo se encontraron frente a un lienzo amarillento, como si hubiera sufrido la acción de la humedad, de las polillas y del tiempo, rodeado de un marco de fina madera tallada, que los dejó con un sentimiento de insatisfacción y burla por parte de la anfitriona. Cuando la bailarina salió de su aposento sonrió para saludar vio que el cuadro estaba vacío de la hermosa imagen que hace sólo instantes había contemplado extasiada.

Pocos días después de estos inusuales acontecimientos, golpearon nuevamente la puerta del estudio del pintor y cuando éste abrió se encontró frente al Fiscal y dos agentes de la policía que venían con un mandamiento de apremio para conducirlo a la presencia de un juez. Allí se encontraban todos los que lo demandaban por daños y perjuicios en las obras compradas y por el inexplicable desvanecimiento de las pinturas que le habían encomendado. El juez determinó su encierro en una celda que estaba provista solamente de una mesa y un catre, con dos frazadas sobre las que tuvo que reposar sin encontrar una explicación de qué es lo que había sucedido.

Cuando llegamos a Oruro y luego a la celda de la policía, nos informaron que el prisionero había muerto y sólo pudimos conversar con el guardia, cuya versión es la que sigue:

El pintor contó al guardia que apenas concilió el sueño se le presentó la imagen del Tío con quien tuvo encuentros en la mina abandonada del Socavón y recordó recién, que después de haber pintado en uno de sus cuadros la diabólica imagen, acosado por la ambición decidió borrarlo con un trapo impregnado de trementina vociferando que había sido engañado y olvidado, pues seguía en la miseria. "La maldición del Tío me ha llegado haciendo que mis cuadros después de ser pintados siempre sean borrados".

Luego de recoger su cadáver de la celda lo llevaron a una modesta tumba.